

Universidad de Medellín

De la imprenta a la Internet: instrumentos de universalización de la lengua inglesa *

Juan Carlos Herrera Ruiz**

Recibido: 25 de enero de 2013

Aprobado: 2 de abril de 2013

RESUMEN

El siguiente ejercicio pretende abordar parte de la dinámica a través de la cual se abren paso en el horizonte cognitivo diversos “ingléses” o expresiones particulares de la misma lengua a lo largo y ancho del

planeta, producto de coyunturas históricas particulares y bajo el influjo de la tecnología informática.

Palabras clave: lengua internacional, historia del inglés, globalización lingüística.

* Artículo producto de una reflexión en torno al marco teórico de un proyecto titulado *Importancia del inglés en el desempeño laboral de los egresados del Programa de Negocios Internacionales de la Universidad de Medellín (2011-2012)*.

** Antropólogo y Licenciado en Educación, Geografía e Historia de la Universidad de Antioquia, estudiante de la maestría en Literatura Colombiana de la referida universidad. Profesor de Tiempo Completo del programa de Negocios Internacionales de la Universidad de Medellín. Correo electrónico: abbisina@yahoo.com

From the Printing Machine to Internet: Universalization Instruments of English Language

ABSTRACT

This exercise intends to tackle part of the dynamic through which different “ingleses” -ways to express in English- or specific expressions of the same language appear in the cognitive horizon in the whole planet, a

product of historical, specific moments and under the influence of information technology..

Kew words: international language, English history, linguistic globalization

Introducción

El estándar internacional del inglés es ahora una norma lingüística reglamentaria, ampliamente aceptada en el *sistema mundo*; en el ámbito académico-científico de los países periféricos, pocas cuestiones son objeto de tanto énfasis, ni nada resulta más obvio, aceptable o deseable que su aprendizaje; la proliferación de las voces que pretenden nombrarlo todo en inglés son las que prevalecen en el imaginario global, y es justamente a través de su uso que se concibe y se nombra la globalización. Las razones profundas que propiciaron la emergencia de este fenómeno se relacionan con multiplicidad de factores internos y externos a la lengua misma, y en la Contemporaneidad son materia de debate entre filólogos, historiadores y sociólogos del lenguaje, quienes tratan de rastrear la trayectoria de la lengua y explicar sus transformaciones en ocho siglos de existencia formal, todo para desembocar en un presente en el que sus desarrollos aparecen ligados a la sociedad de la información y puestos al servicio de la expansión del paradigma del libre comercio.

Al igual que todas las lenguas, el inglés cambia y se transforma constantemente. En esta transformación se presentan tensiones de diverso orden relacionadas especialmente con la naturaleza económica y política de cada época: desde sus etapas más tempranas en la alta Edad Media, en las que se constituye como lengua nacional, pasando por el período colonialista británico; época que marca su primera gran difusión en el mundo no europeo hasta llegar al actual proceso de la globalización, donde la dinámica transformacional de la lengua aparece sujeta a intereses de orden económico, renovados por el influjo corporativo y el uso expansivo de las tecnologías de la información. Esta dinámica se extiende, además, a la enseñanza del inglés, actividad que aparece ligada a las tendencias pedagógicas y a las teorías sobre la naturaleza del lenguaje que estuvieron en boga durante uno u otro período histórico, causando toda suerte de modificaciones sobre el uso de la lengua y la forma en que esta debe enseñarse. También la Contemporaneidad experimenta una apropiación diversificada del inglés como segunda lengua –al no ser su aprendizaje una prerrogativa exclusiva de las elites económicas e intelectuales– por parte de un rango de individuos cada vez mayor, en multiplicidad de escenarios en todas las latitudes, donde se requiere la lengua para toda suerte de propósitos, desde los más sofisticados hasta los más elementales; entre estos últimos, la pura supervivencia económica.

Los diversos “ingleses”

La primera consideración a que da lugar esta reflexión es que los hablantes o usuarios de esta lengua en el mundo pueden clasificarse, en un sentido amplio, en tres categorías: la primera de ellas involucra a los hablantes nativos, es decir, aquellos que heredaron el inglés como lengua materna; ejemplos de esto son

los habitantes del Reino Unido, los Estados Unidos o Australia; en segundo lugar, están aquellos hablantes que adquirieron el inglés como segunda lengua, dentro de naciones con una larga tradición bilingüe o plurilingüe, siendo la India y Nigeria dos de los casos más representativos, además de muchas otras comunidades de influencia colonial inglesa dispersas en Asia, África, Oceanía y el Caribe; en tercer lugar, se ubican aquellos hablantes que en el ámbito global adquirieron la lengua como un medio o herramienta necesaria para el trabajo o la formación académica (Quirk, 1985, p. 9).

En su obra más reciente, *The language revolution*, David Crystal presenta un balance de los cambios que ha experimentado la ecología lingüística mundial después de la segunda mitad del siglo XX, incluyendo desde luego allí la espectacular explosión del inglés y el estatus que ha alcanzado como lengua global. En este texto que recoge y sintetiza buena parte de los planteamientos de sus obras precedentes, el filólogo y lingüista británico documenta, en un cálculo bastante conservador, que el número de personas que aprendieron inglés como segunda lengua superó tras el año 2000 los 500 millones, cifra que iguala e incluso supera a la de aquellos que lo utilizan como lengua materna, para alcanzar así un total de más de 900 millones de hablantes, algo sin precedentes en la historia para una lengua internacional. Ahora bien, más allá de quienes ya lo hablan, Crystal estima –basado en información estadística del British Council en el ámbito global– que aproximadamente 1000 millones de personas en el mundo contemporáneo aprenden esta lengua con fines académicos o laborales (2005, pp. 21-22).

De otra parte, la progresión hacia el futuro indica que el número de hablantes no nativos crecerá de manera exponencial en las próximas décadas, fenómeno cuyas repercusiones ya se traducen en la existencia de una suerte de condominio lingüístico de gran magnitud, en el que la lengua en sí misma y los cambios formales que naturalmente sufre a lo largo del tiempo y a través de su uso, ya no son propiedad exclusiva de sus hablantes nativos ni de las naciones o comunidades que la tienen por lengua oficial.

Del mismo modo en que se pueden determinar tres grandes grupos o tipos de usuarios del inglés, históricamente la trayectoria de esta lengua podría dividirse en tres grandes momentos o etapas, a saber, la formativa, la expansiva y una en la Contemporaneidad que podría llamarse la de su instrumentalización como un espacio más del capital global.

Algunos desarrollos históricos de la lengua

El inglés es una lengua germánica de la familia de las lenguas indo-europeas. En sus orígenes, aparece estrechamente ligada al alemán, al neerlandés y otras lenguas del noroeste del continente europeo (Sajonia, Frisia, Jutlandia, Escan-

dinavia) que entre los siglos VI y IX contribuyeron en mayor o menor medida a transformar las lenguas vernáculas (principalmente celtas) que se hablaban en el territorio de lo que hoy se conoce como Islas Británicas, que ya para entonces habían recibido alguna influencia del latín, a través de la ocupación de *Britania* por parte del Imperio romano entre los siglos I y V. Es por ello que en general, la lexicografía del inglés moderno contiene elementos tanto germánicos como latinos y griegos, así con una fuerte marca del francés a partir del siglo XI, tras la invasión de los normandos. Esta influencia se tradujo, además, en la adopción del sistema escritural carolingio, para entonces en uso en la Europa continental (Gramley, 2011). Sin embargo, la primera gran transformación sufrida por esa proto-lengua inglesa ocurre en el tránsito de la Edad Media a la Moderna, bajo el primer influjo del Renacimiento. El contacto con obras de la Antigüedad clásica, disponibles gracias a la reciente invención de la imprenta, produjo una gran revolución en la vida social y en el arte, pero muy especialmente en la lengua, que gracias también a una actitud liberal frente al conocimiento hizo posible su enriquecimiento con la adopción de una enorme cantidad de nuevas palabras y figuras retóricas importadas de otras latitudes (Hurstfield, 1988). A partir del siglo XVI, autores como Homero, Ovidio, Virgilio, entre otros, fueron traducidos al inglés, al igual que los textos de Erasmo, Calvino y Lutero, para contribuir con ello a enriquecer el debate intelectual y religioso, para entonces de gran interés en Inglaterra, aparte de otorgarle estatus a la lengua misma, que ahora permitía acceder a las grandes obras de la Antigüedad grecolatina (Milward, 2011).

Tras el influjo del Renacimiento, la lengua inglesa experimentó notables desarrollos en los ámbitos dramático, literario y científico, factor que contribuyó enormemente a alimentar su corpus discursivo, al tiempo que ayudó a expandir su reconocimiento y uso hacia otros países de Europa¹. Todo lo anterior condujo, a su vez, a que se configuraran modos específicos de usar el inglés a partir de criterios de jerarquía y clase social, marcando así patrones de discriminación entre expresiones cultas y vulgares de la misma lengua. Cabe anotar que en este período la educación era una prerrogativa restringida a un número muy pequeño de personas, educación escolástica, por demás, que seguía otorgando al latín el estatus de lengua culta, que si bien comenzaba ya a declinar en su uso oral, seguía siendo estudiada como ejercicio intelectual que conducía a todos los campos del pensamiento científico y filosófico. De hecho, el análisis de la gramática y la retórica clásicas fueron a partir del siglo XVII la base de la enseñanza para cualquiera de las lenguas modernas europeas, entre ellas el inglés, que para entonces había ya consolidado el método conocido como *traducción-gramatical*,

¹ A principios del siglo XVIII, las obras de teatro y en general la literatura inglesa ya se han hecho populares en toda Europa. Así mismo, figuras como Francis Bacon (1561-1626) e Isaac Newton (1642-1727) se constituyeron en íconos dentro del ámbito y en el lenguaje científico más allá de las fronteras británicas.

herencia moderna del viejo método de análisis gramático-retórico derivado del estudio del latín y el griego durante la alta Edad Media. Cabe anotar que este método se mantendría vigente hasta muy entrado el siglo XX (Gramley, 2011).

De nuevo, con relación a la introducción de la imprenta en Inglaterra a finales del siglo XV, es importante enfatizar que esta marcaría un quiebre importantísimo entre el inglés medieval y el temprano inglés moderno, ya que permitió que otras clases menos opulentas accedieran a la alfabetización, e incluso a la evangelización en su propia lengua, dado que también la Biblia sería traducida al inglés. Una repercusión adicional de esta traducción es que a partir de entonces toda interpretación de la ley social y la moral va estar arbitrariamente ligada al puritanismo religioso –en los países que se acogen a la reform– y desde luego a la percepción teológica del contenido bíblico, ahora disponible en lengua vernácula (Boswell, 1998). Con todo, el advenimiento de la imprenta trajo consigo el hábito de la lectura, individual o colectiva, no solo como medio para la instrucción sino también para el entretenimiento, al tiempo que se consolidan el oficio de escritor y la práctica social que hoy se conoce como prensa escrita. Pero una repercusión aun mayor de la imprenta sobre el inglés estuvo relacionada con el hecho de que los primeros periódicos aparecieron en el área de Londres y fueron escritos en dialecto londinense, dialecto que a través de la prensa terminaría expandiéndose por todo el país y consolidándose como patrón de uso general, en detrimento de otros dialectos regionales (Milward, 2011, p. 220).

Con relación al grado de consolidación institucional alcanzado en esta etapa temprana del inglés, o primer inglés, la Enciclopedia Británica documenta que tras la restauración de la monarquía inglesa en 1660, ninguna de las iniciativas por estandarizar los patrones que debían gobernar el uso de la lengua –a través de la creación de una academia– tuvo suficiente fuerza para prevalecer. Sería necesario esperar hasta el siglo XVIII, para que extensas obras de gramática y diccionarios de uso dieran cuerpo y uniformidad visible a esta lengua, que era un producto emergente de la fusión de varias lenguas regionales. Uno de los ejemplos más citados de este tipo de bibliografía fundacional es el primer diccionario que se conoce del inglés: *A Dictionary of the English Language* (1775), obra del poeta y lexicógrafo Samuel Johnson (1709-1784), quien con esta y otras obras de crítica y ficción se propuso crear un referente de identidad lingüística nacional, formalizando y sistematizando los diversos patrones de uso de la lengua.

Pero, sin duda, la etapa histórica crucial a partir de la cual se inicia la proyección del inglés como lengua internacional, así como la variedad de expresiones regionales que hoy lo componen, se relaciona con la entrada tardía de Inglaterra en la era de la exploración y colonización global. Entre los siglos XVII y XIX, el poder colonial británico se expande desde las Indias Occidentales a las Orientales, llevando consigo no solo las primeras trazas del mercantilismo moderno sino también el uso de la propia lengua, a través de las misiones, los sistemas

de administración, y de educación en los dominios de ultramar. Por su parte la Revolución Industrial también jugó su papel en este proceso de expansión del inglés, al ser el instrumento que impulsará el desarrollo mercantil y financiero de Inglaterra y su posicionamiento como potencia comercial y económica. En el ámbito económico, figuras como Adam Smith (1723-1790) y sus obras sobre el comportamiento económico de la sociedad, sirvieron de inspiración a la fundación de los Estados-nación en Latinoamérica en la primera mitad del siglo XIX, aceptando implícitamente desde un principio que la economía, como ciencia y como explicación del mundo, no podía provenir sino de Inglaterra. Este proceso de expansión de la cultura mercantil inglesa, extensamente documentado desde la historiografía europea y desde la misma ciencia económica, no hace parte del enfoque que se quiere dar al presente ejercicio; sin embargo, resulta metodológicamente oportuno citar este antecedente como punto de partida para la dinámica expansiva del inglés moderno y será clave para comprender los ulteriores cambios de forma y uso que han afectado la lengua, hasta convertirla no solo en la única *lingua franca* desde mediados del siglo XX, sino también en un espacio más del capitalismo. Cabe aclarar en este punto, que la categoría *lingua franca* no alude a una particular relación con Francia o lo francés; de hecho en sus orígenes renacentistas, escribe Boyle (2002), se componía de una compleja mezcla entre italiano, francés, griego, turco, árabe y otros dialectos de uso común entre comerciantes y marineros del Mediterráneo, mientras que en la Contemporaneidad y en lo concerniente al inglés, añade Boyle, el término no se refiere a ninguno de los ingleses rudimentarios y criollos esparcidos por el mundo, sino a “alguna forma de inglés estándar que puede ser usada como medio adecuado de comunicación internacional”.

Según Howatt (2004), la relación del inglés con la historia del mercantilismo moderno tuvo sus orígenes en el siglo XVII, cuando comerciantes hugonotes y otros protestantes franceses que se refugiaron en Inglaterra tras la persecución religiosa de Luis XIV, habrían creado los primeros libros de texto que ilustraban sobre el lenguaje local del comercio y los negocios, de modo que ellos y otros comerciantes extranjeros pudieran comunicarse entre sí, en un inglés especialmente diseñado para propósitos mercantiles. Esta tendencia, sostiene Howatt, se mantuvo en aumento hasta el punto en que, ya en el siglo XIX, era frecuente que en las escuelas inglesas se siguieran libros de texto sobre inglés comercial, cuyo fin era homologar el lenguaje, y los procedimientos y protocolos propios de esa actividad social. El comercio y los negocios serían, pues, el principal vector de la lengua inglesa. Ello no solo desde una relación entre el Imperio británico y el resto del mundo, sino también entre comerciantes no ingleses cuyos códigos de comunicación resultarían ajenos o desconocidos –por razones culturales o geográficas– en escenarios de negociación comercial en diferentes partes del mundo. En cualquier caso, toda mención a la historia del

inglés en el periodo colonialista obliga a tener en cuenta el papel cada vez más preponderante que tuvo Inglaterra en la política y la economía globales: ya para inicios del siglo XIX, el país se había convertido en la más potente máquina productora de mercancías por las cuales existía una creciente demanda en los cinco continentes. Mientras Gran Bretaña fue el único país con una gran industria moderna, el resto del mundo no tenía mucha oportunidad de sustituir sus importaciones (por la producción nacional) o de variar las exportaciones (Davis, 1979). En estas circunstancias, la progresiva expansión del inglés como *lingua franca* a partir del siglo XIX era sencillamente inevitable, aun en perjuicio del francés que hasta entonces había fungido como lengua de uso corriente entre las cortes y la diplomacia europeas. Otro referente ineludible que permite establecer conexiones entre la expansión de las letras y la lengua inglesa y el colonialismo británico es Charles Darwin (1809-1882), cuya influencia sobre el ulterior paradigma de la evolución del hombre y en general sobre el discurso científico de Occidente va a ser fundamental. De hecho, la explicación evolucionista de la cultura es en sí misma una legitimación del colonialismo europeo. En este punto cabría admitir, con base solo en una línea histórica que integre la influencia y los postulados de Newton y Darwin entre los siglos XVIII y XIX, que un porcentaje importante del lenguaje científico moderno es una creación del proyecto colonial británico y del inglés mismo, proyecto que en la actualidad presenta desde luego nuevos matices, pero en el cual el papel de una lengua internacional sigue siendo estratégico.

La decadencia del imperio británico tras la Segunda Guerra Mundial no afectó esta tendencia expansiva, dado que uno de los efectos de la guerra consistió precisamente en la emergencia de EE. UU. como nueva superpotencia militar y económica, que no solamente garantizaría la continuidad del inglés como lengua internacional, sino que masificaría su uso en una escala descomunadamente mayor, hasta el punto de convertirlo prácticamente en un imperativo ineludible en la Contemporaneidad. Así, la tematización del inglés pasa del discurso ilustrado-evolucionista de la economía con Adam Smith, al discurso corporativo-empresarial de los gurús del neoliberalismo norteamericano. Cambios similares se presentaron en los discursos científicos, políticos y humanistas que gobernaron el pensamiento y la cultura occidentales, todo ello a la sombra de un perenne colonialismo anglófono. Una perspectiva que engloba ambas etapas de expansión de la lengua inglesa, la del imperio británico y la del neoliberalismo norteamericano, se encuentra en un estudio de lingüística aplicada de Robert Phillipson, *El imperialismo lingüístico* (1992), desarrollado con base en la teoría estructural propuesta por Johan Galtung (1971), según la cual el imperialismo en general se presenta en tres etapas: en la primera de ellas los agentes colonizadores de los países potencia invaden y ocupan a los países periféricos; una vez consolidada la ocupación se conforma una elite

local que por lo general aprende la lengua de los colonizadores, se educa en el país colonialista y se convierte en agente difusor de los valores ideológicos, los negocios y los intereses económicos de la metrópoli en la colonia, permitiendo así el desarrollo de la tercera etapa, en la cual la presencia de los colonizadores ya no es necesaria debido a que las elites locales ya disponen de la educación y de los medios tecnológicos necesarios para perpetuar el sistema imperialista.

El inglés en la Contemporaneidad

Frente a la discusión de cuáles son los intereses a los que responde el establecimiento de una lengua internacional, establecimiento que hoy goza de una también internacional aceptación pasiva, como si ello formara parte del orden natural de las cosas, investigadores como Pennycook (1994), Phillipson (1992) y Boyle (2002) han señalado el trasfondo histórico de un capitalismo financiero que sistemáticamente impulsa políticas lingüísticas y culturales favorables al patrón anglófono y al negocio de la enseñanza del inglés, esto naturalmente en aras de su expansión alrededor del mundo.

A partir de mediados del siglo XX, el inglés experimenta otro gran conjunto de transformaciones que mantienen y potencian la dinámica expansiva de la lengua, pero donde se ponen en juego nuevos factores e influjos que van mucho más allá del terreno lingüístico y filológico, e incluso más allá del influjo colonial británico, para ubicarse en una frontera poco precisa entre la geopolítica de la corporaciones y la gestión del conocimiento en el ámbito global. La expansión de la lengua y del mercantilismo generó que el aprendizaje del inglés como lengua extranjera dejara de ser una prerrogativa exclusiva de las elites culturales e intelectuales o bien un medio para la especialización del trabajo; se trata ahora de un instrumento necesario y común para un rango de personas cada vez mayor, que acceden a su aprendizaje a través de nuevos instrumentos tecnológicos que alteran la naturaleza misma del lenguaje y lo ponen al servicio de las complejas dinámicas en la era de la información y las comunicaciones.

La aparición de la Internet en escenarios públicos a principios de la década de los noventa repotencia la imagen global del inglés y va a dar inicio a una nueva etapa en su proceso de expansión y evolución como lengua. La Internet, como medio de comunicación que pone en marcha diversidad de cambios formales y estilísticos, se convertirá en un vehículo análogo a lo que fue la imprenta en el siglo XVI, solo que con un alcance astronómicamente mayor. Los nuevos horizontes de comunicación humana a través de este recurso comienzan a advertirse en las formas emergentes de uso del lenguaje e incluso en la aparición de nuevos lenguajes o meta-lenguajes.

Las innovaciones lingüísticas producto del contacto del inglés con la Internet hacen parte de lo que Crystal (2005) llama una “revolución del lenguaje”, fenómeno

que aborda a través de una categoría emergente: el *Netspeak*. Este dominio de la comunicación se caracteriza prioritariamente por la virtualidad, la velocidad y el enorme volumen de información que fluye en espacios a los que se accede a través del uso del ordenador y desde luego a la *World Wide Web*, una nueva manifestación de la comunicación humana que ha modificado el modo de percibir y usar la lectura y la escritura, más allá de modificar la percepción misma de la experiencia de la realidad. En los dominios del *Netspeak* se han modificado, entre otras cosas, el estilo de escribir cartas o mensajes, la puntuación, la gramática, y la sintaxis, y ha motivado la aparición de un número enorme de tecnicismos –provenientes todos del inglés– tanto en el lenguaje formal como en el informal. Esto, sin contar la extensa lista de términos de la tecnología informática que se exportan al habla cotidiana de las personas, que con frecuencia apelan a metáforas que aluden a la virtualidad o a la conectividad en la vida diaria. Pero aún más importante, la relación de la lengua con la Internet ha derivado incluso en una revaloración de lo que tradicionalmente se ha entendido por información, o bien ha alterado la relación entre información y conocimiento.

Pero ¿cómo influyen estas nuevas formas de expresión sobre el inglés? Básicamente del mismo modo en que lo hacen sobre las demás lenguas escritas, solo que prácticamente la totalidad de términos utilizados en el *Netspeak* que han sido adoptados en la lexicografía de las diferentes lenguas provienen justamente del inglés. Más allá del influjo de la tecnología, factor nada despreciable en la Contemporaneidad, no se debe soslayar el hecho de que en general las lenguas se transforman gracias también a factores puramente ambientales: todas las lenguas están dotadas de una estructura interna, dinámica en sí misma y, por ende, sujeta a toda suerte de cambios en virtud de que no todos los individuos la aprenden o la usan de manera “perfecta” o no todos la usan con el mismo propósito, generando, por el contrario, patrones de uso alternativo de acuerdo con la ideología, la edad, la clase social o el nivel de educación de los nuevos usuarios. Adicionalmente, el contacto entre lenguas, motivado por factores económicos como el comercio o los flujos migratorios, o bien por coyunturas políticas como las guerras, hace que se pongan en marcha los mecanismos de préstamo o intercambio de expresiones que inevitablemente conducen a nuevos cambios en la forma y el uso de las lenguas. Frente al fenómeno del cambio lingüístico, particularmente en el inglés, Crystal argumenta que si bien lo que se conoce hoy como “inglés global” ha consolidado una variable estándar a fin de hacer inteligible su uso internacional ello no ha podido impedir que otras expresiones “no oficiales” de la lengua se abran paso en contextos regionales y culturales, gracias, en parte, a la existencia de la Internet. Esta heterogeneidad, agrega Crystal, repercutirá en la proliferación de múltiples variables en el uso de la misma lengua, en su estructura fonética y morfo-sintaxis, en el sentido que se otorga a las palabras, en el modo de estudiarla y aprenderla e incluso en la

posibilidad de que algunas de esas nuevas expresiones del inglés se conviertan en nuevas lenguas en sí mismas (2005, p. 112). Esta presunción encuentra cierta resonancia al evocar los orígenes históricos de las así llamadas *lenguas romances* (francés, español, italiano) que emergen precisamente como producto del contacto y la interacción entre algunas lenguas vernáculas europeas y el latín, que fue la *lingua franca* que dominó el escenario geopolítico y económico durante los primeros siglos de la era cristiana.

No obstante todo lo anterior, el inglés sigue manteniendo su preponderancia como lengua internacional de la *web*², las comunicaciones, la ciencia y la tecnología en general, y seguramente continuará así por lo menos en el futuro cercano. Si en los albores de la Modernidad –gracias a la invención de la imprenta y al poder imperial– ya el inglés es una lengua de brillo y prestigio internacional a partir de nombres como Chaucer, Shakespeare, Milton, Donne, Daffoe o Swift, entre tantos otros de mayor o menor celebridad, en la Contemporaneidad el uso masivo de la Internet y de la terminología mercantilista se ha convertido en un medio muchísimo más eficiente para su universalización, si bien hoy este proceso está sujeto, como ya se mencionó, a la dinámica de la globalización económica. A lo anterior se suma el factor de la también universal difusión de los medios audiovisuales que, gracias a la tecnología satelital, permite que los hablantes de esta lengua en el mundo puedan mantenerse en contacto sin más cortapisa que encender su radio o televisor, levantar el auricular del teléfono o simplemente oprimir una tecla en su ordenador.

Hasta aquí se han rastreado algunas trazas históricas que marcan cambios en la forma y función de una lengua internacional; sin embargo, el tema involucra multiplicidad de factores que requieren de un análisis muchísimo más profundo, entre ellos la discusión frente al imperialismo lingüístico que queda apenas esbozada, la identidad de los pueblos y lenguas minoritarias y en general el contenido simbólico del modelo global de las relaciones políticas y económicas entre países del Primero y el Tercer Mundo, también llamados eufemísticamente *países en vía de desarrollo*.

Una última apreciación que deja abierto el debate sobre las implicaciones positivas o negativas de la difusión internacional del inglés ubica en un extremo a los defensores del estatus global de la lengua, quienes consideran altamente positiva la posibilidad de un entendimiento mutuo entre individuos y colectividades de los más diversos orígenes, en un mundo que presenta, además, grandes divisiones de orden social, político y económico. De otra parte, los detractores de la expansión del inglés advierten en ello el despliegue de una gran estrategia neo-imperialista que allana el paso para el dominio mundial por

² Se estima que el 80% de contenidos publicados globalmente en la red, al igual que el 70% de los blogs, están escritos en inglés (Bejarano, 2012).

parte de las grandes multinacionales y el influjo del poder tecnológico-militar de las potencias anglófonas, influjo que a su paso terminará indefectiblemente por menoscabar la riqueza multicultural de la humanidad, representada en su diversidad lingüística y étnica. Independientemente de la opción de la cual se sea partidario, una conclusión transitoria pero bastante aguda se encuentra en un apartado del que ha sido sin duda el texto más citado de Crystal, *El Inglés como una lengua global*:

En 500 años, ¿será el caso que todos serán automáticamente insertados al inglés tan pronto nazcan? Si esta opción es parte de una riquísima experiencia multilingüe para nuestros futuros recién nacidos, esto solo puede ser una buena cosa. Si este es para entonces el único idioma que puede ser aprendido, esto sería el más grande desastre intelectual que este planeta jamás haya conocido (Crystal, 1997, p. 189).

Bibliografía

- Bejarano, F. (mayo de 2012). Saber inglés, clave para sacarle provecho al Internet. En: *El país*. Artículo recuperado el 3 de agosto de 2012 del sitio: <http://www.elpais.com.co/elpais/internacional/noticias/saber-ingles-clave-para-sacarle-mayor-provecho-internet>
- Boswell, J. (1998). *Cristianismo, tolerancia y homosexualismo*, Barcelona: El Aleph.
- Boyle, J. (2002). *Dos conferencias sobre la hegemonía cultural de la lengua inglesa*. Conferencia leída los días 11 de marzo de 2002 en la Universidad de Rioja. Texto recuperado el día 14 de Diciembre de 2012 del sitio: http://scholar.google.es/scholar?lr=lang_es&q=joseph+boyle&hl=es&as_sdt=0,5
- Boyle, J. (1997) "Imperialism and the English language in Hong Kong". *Journal of Multicultural and Multilingual Development*. (18), N.3, pp. 169-181
- Crystal, D. (2005). *La revolución del lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Crystal, D. (1997) *English as a global language*. London: Cambridge University Press.
- Davis, R. (1979). *The Industrial Revolution and British Overseas Trade*. Leicester: University Press.
- Fennell, B. (2000). *A History of English*. A sociolinguistic approach, Aberdeen: Blackwell publishing.
- Galtung, J. (1971). A structural Theory of Imperialism. In: *Journal of Peace Research*. (8), N.2, pp. 81-117
- Gramley, S. (2011). *The History of English*. An Introduction, Oxford: Routledge.
- Howatt, A.P. R. (2004). *A History of English language teaching*, Oxford: Oxford University Press.
- Hurstfield, J. (1988). "Tradición y evolución: Inglaterra gobernada por los Tudor". En: *Historia de las civilizaciones. La época del Renacimiento*. Hay, Denis (editor). Madrid: Alianza editorial Labor.
- Milward, C. & Hayes, M. (2011). *A biography of the English language*, KY: Cengage Learning.
- Pennycook, A. (1994). *The Cultural politics of English as an International Language*, London: Longman.
- Phillipson, R. (1992). *Linguistic imperialism*, Oxford: Oxford University Press.
- Quirk, R. & Widdowson, H.G. (1985). *English in the World. Teaching and Learning the Language and Literatures*, Cambridge: Cambridge University Press.